

Comité

EL SOCIALISTA

ÓRGANO CENTRAL DEL PARTIDO OBRERO

Madrid, 1.º de mayo de 1896.

APARECE LOS VIERNES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: HERNÁN CORTÉS, 8, PRINCIPAL

Año XI.—Núm. 530.

1.º DE MAYO

Acreditando la firmeza de su unión, el conocimiento de sus intereses, los progresos de su disciplina y el arraigo que entre ellos tiene el bienhechor espíritu de solidaridad, van a movilizarse de nuevo en este día los trabajadores activos de todos los países y a decir con su movilización a la clase patronal, al capitalismo dominante, que ni renuncian a sus racionales propósitos de mejorar lo antes posible su estado económico, ni cesan en la redentora labor de poner fin a la explotación humana.

Según lo acreditado lo ocurrido en años anteriores, no lo harán ni alborotadamente, cual se manifiestan los patrioterros, ni suscitando colisión alguna con las fuerzas al servicio de los que viven a costa de los que trabajan; su acción, por el contrario, será eminentemente pacífica, tal cual lo exigen los sagrados intereses de la causa obrera.

La Manifestación del 1.º de mayo no es ni será lo que seguramente desearían cuantos, por egoísmo ó por error, defienden el presente régimen social: un acto de cólera ó de venganza de la clase proletaria hacia los hombres que en la política, en la banca y en la industria se distinguen más en la obra de perpetuar dicho régimen. Si se hubiera dado ese carácter a la Manifestación acordada por el inolvidable Congreso internacional de París, la burguesía, por medio de sus cañones, sus fusiles y sus presidios habría dado ya buena cuenta de ella.

Lejos de ser la jornada del 1.º de mayo un acto pasional, es la consecuencia de la reflexión y el cálculo: de ahí que ni el Estado burgués pueda desbaratarle, ni menos aún librarse de su influencia.

Por eso se equivocan de todo en todo los que dicen que si en los primeros años la Manifestación obrera tuvo excepcional importancia, más tarde la ha perdido. Confunden los que eso aseguran, sobre todo en lo que a España se refiere, la perturbación con el entusiasmo, el avance con el retroceso.

Cuando los anarquistas, con sus huelgas absurdas, pretendían desnaturalizar el carácter de la Manifestación universal, lejos de dar a ésta fuerza, se la quitaban; el fracaso de aquéllos y, por consecuencia del mismo, la unidad y el sosiego con que la Manifestación se ha realizado después, no son señales de debilidad ó consunción, sino de vigor y fortaleza.

Tienen escasa conciencia de sus intereses los trabajadores encariñados con procedimientos que facilitan a la clase explotadora ocasión de que los sangre y persiga; demuestran poca conciencia de lo que a ellos y a su clase conviene los obreros que emplean una táctica imposible de anular por los Gobiernos y excelente para difundir las ideas que profesan y multiplicar sus fuerzas.

¿Y qué es la Manifestación del 1.º de mayo? ¿qué el acto solemne que realizamos hoy y que nos inunda de alegría? Pues la

expresión más elevada y hermosa de esa táctica que á diario usan los trabajadores y que socava firmemente los cimientos de esta maldita sociedad en que el ser humano es menos apreciado que la bestia.

La movilización obrera universal tiene por objeto, en primer término, conquistar una legislación protectora del trabajo, y principalmente la jornada de ocho horas; después, y mediante esa conquista, preparar las huestes proletarias para que alcancen su redención y la de la Humanidad entera; pero en realidad—y los resultados así lo testifican—lo que inmediatamente ha logrado la clase trabajadora con la Manifestación del 1.º de mayo es dar conciencia de sus intereses a muchos de sus individuos y fortalecer el espíritu de unión entre las masas organizadas.

¿Cuándo ha mostrado la clase desheredada, acerca de su situación y de la manera de remediarla, el conocimiento que hoy tiene?

les hace comprender donde reside su fuerza, y les enseña el camino que conduce á dicho punto, no puede ser tachado de infructuoso ni mirado con indiferencia; antes bien, debe reconocérsele la trascendencia que tiene y ser ensalzado por todos los que reciben sus beneficios.

Podrán los explotadores y sus voceros, atentos únicamente al mantenimiento de sus privilegios, negar utilidad é importancia á la jornada de hoy; los explotados, los trabajadores sólo tienen motivos para celebrarla y bendecirla.

La Redacción.

¡OH, QUÉ BUEN PAÍS!

¡Vaya! ¡Mucho, muchísimo mejor que aquel de la zarzuela bufa en que Arderius y Rosell hacían las delicias del respetable público allá en los tiempos de la gloriosa!



¿Cuándo se han observado en ella las corrientes de armonía, de compañerismo y de fraternidad que hoy existen?

¿Cuándo el espíritu de clase y el sentimiento de solidaridad se han manifestado entre sus miembros con tanta fuerza como ahora?

¿Cuándo los proletarios de todo el universo han marchado tan acordes y juntos como al presente?

Jamás.

Pues ese magnífico resultado débese en gran parte á la Manifestación del 1.º de mayo, que ha iluminado muchas conciencias obreras, que ha hecho brotar la concordia y la unión entre los que nada tienen, que ha contribuido poderosamente á borrar las fronteras y que ha unificado por modo maravilloso los deseos y las aspiraciones de los explotados de todos los países.

Digase, pues—y se dirá verdad—, que la Manifestación universal no ha tenido fuerza todavía para alcanzar la legislación protectora del trabajo ni la jornada de ocho horas; pero no se afirme que ha sido estéril para los intereses de la clase obrera.

Acto que da un caudal de educación á los asalariados; que los une estrechamente; que

Lo sensible es que ese género lírico-dramático-coreográfico esté ya pasado de moda y que el gran Offenbach no haya dejado herederos de su musa cancanesca, la que con sus báquicas armonías amenizara dignamente los funerales del imperio napoleónico y los del reinado de Isabel II.

Porque ¡cuídado si hay riquísimo arsenal en esta clásica España para argumentos de opereta!

Lo que es en esto, ¡que se callen todas las naciones!

Y si no, ¡á ver, que levante el dedo el país que pueda presentar mayor número de ciudadanos «en bruto» que éste, donde á más del 60 por 100 de sus indígenas les estorba lo negro!

Y si en esto no hay quien nos «eche la pata», dicho se está que tampoco en lo de matar de hambre á los pocos maestros de escuela que por pura burla figuran en presupuestos y á los que se obliga á dedicarse al sport de la mendicidad.

En cambio y como compensación lógica de esa deficiencia, ¿dónde hay más toreros y maletas que en esta tierra? ¿Dónde el arte taurino alcanza mayor auge y qué hombre de ciencia de extranjis gana la gloria y la

«guita» que un mediano matador de reses en España? Y si no, que lo diga Guerrita con sus ocho millones, dispuesto ya á retirarse á lo mejor de su edad, cuando tantos días de gloria podría dar á su patria, y sin temor á producir con el rapado de su coleta un duelo nacional.

En la industria política, excusado es decirlo, no hay quien nos aventaje: en esta rama del «saber humano» damos el do de pecho de la escala bufa: los partidos gobernantes, dirigidos por los caricatos Cánovas y Sagasta, como los de rabiosa oposición republicana, presididos por unos cuantos racionistas, pueden dar personal y asunto para muchas operetas. Para no ir más lejos, las recientes elecciones y el retraimiento de los republicanos son buenas muestras: ministeriales y fusionistas en amable compañía, á pucherazo limpio rompiendo la crisma al pobre Sufragio universal; y los republicanos retraídos, votando en Bilbao y otras partes al monárquico que lo paga mejor. La Gran

Duquesa no tiene argumento más grotesco. En Los Brigantes esta troupe arrebatada... cuanto halla á la mano.

¿Pues y si tocamos la cuerda patriótica? ¡Ah! En esto la risa llega al extremo de arrancar lágrimas. ¿Que si hay aquí patriotismo! Dígalos esta cifra: treinta y un millones de pesetas ha soldado el país en menos de un año por redenciones del servicio militar. ¿Eh? ¿Que vengan los franchutes á competir con nosotros en sentimientos patrióticos! Lo que hay es que aquí sabemos distinguir: para los mendigos, el patriotismo significa ir á perder la pelleja en Cuba por las balas de los mamabises ó por el vómito, y para los burgueses y burguesillos se reduce á aflojar un poco la bolsa y á pedir en el café á grito pelado que toquen el himno de Cádiz para co-

rear el «electrizante» ¡Viva España! entre párrafo y párrafo de algún belicoso artículo del populachero Heraldo.

Pero en lo que hay inagotable veta bufa, es en lo que ocurre ahora mismo con la sequía que amenaza concluir con los restos de la población campesina española, ya dolorosamente castigada con el azote de la guerra, y esquilmada en todo tiempo por el Fisco y la usura.

Los que saben de estas cosas, esto es, los que pierden el tiempo en el estudio de las ciencias, dicen que existen medios para prevenir ó remediar los efectos de la falta de lluvias: roturación de terrenos, canalización de los ríos, formación de grandes depósitos de agua ó pantanos, y, sobre todo, la repoblación de los montes, parecen ser los medios preconizados contra calamidades como la actual, traducción ya para los tahoneros en subida del precio del pan y para los trabajadores en merma de la ración cotidiana; pero ¡vaya usted con esas zarandajas á un país como éste, donde toda rutina tiene su asiento y donde todo progreso encuentra mil obstáculos! ¡Que salimos de una sequía para entrar en una serie de asoladoras inundaciones! Bueno; pues en vez de prestar oídos á los

consejos de la ciencia, herética relapsa, nos agarramos á todos los santos de la corte celestial, y rogativa va y rogativa viene, seguramente no conseguiremos con ello la lluvia para los campos, pero en cambio llenamos la andorga á los curas, que con tales preces y procesiones consiguen buena cosecha. Y además, si los que de buena fe piden agua para su campo á tal Virgen ó á tal Cristo no son mejores católicos que los logreros, que con igual ó mayor fervor pedirán á la Providencia la prolongación de la sequía, ¿no es esto poner á Dios en un brete?

Mas si al leer esto alguien objetara que en un país de tales condiciones, el predicar sobre asunto tan serio como el Socialismo resulta tarea análoga á la de echar margaritas á... yankees (estilo Gedeón y Madrid Cómic), podría replicarse que precisamente por eso aquí es labor más meritoria la de la propaganda socialista, que ha de emplear grandes esfuerzos hasta lograr que el pueblo español se ponga al nivel de los más adelantados en el camino de la Revolución social.

M. Gómez.

ACCIÓN OBRERA

En la confluencia de fuerzas que han de arrancar los medios productivos al egoísmo individual y devolverlos á la colectividad como propiedad social inenajenable, corresponde importancia capitalísima á la acción obrera, al esfuerzo de la clase trabajadora.

Hombres científicos, amantes desinteresados de la verdad, aplicando al estudio de los hechos económicos y sociales los métodos que han fecundado con tanto vigor las ciencias naturales, han dado al movimiento socialista una doctrina, tornándolo en científico y positivo de romántico é idealista que antes fuera; hombres que ponen el culto de la verdad y de la justicia encima de las ventajas que la servil adulación á la clase privilegiada acarrea, propagan con entusiasmo esta doctrina y la llevan triunfante en medio de todas las interesadas contradicciones; mas ¿creéis acaso que bastaría el demostrar la razón de las reclamaciones obreras para que el egoísmo de los privilegiados se desnudara del poderío y de los goces que su privilegio le reporta?

Los privilegios de clase sólo á la fuerza han sucumbido; sólo la fuerza obrera hará respetable ante los enemigos y dará autoridad á la palabra que se alce en defensa de la buena doctrina; sólo la fuerza obrera será argumento suficiente para convencer á la clase capitalista de que lo que *debe ser tiene que ser*.

¡Despertad, pues, trabajadores! ¡Uníos en la conciencia de vuestros intereses! Y los ya despiertos, los que véis con claridad cuáles son vuestros derechos y cuán grande es vuestra fuerza, sacudid con energía el letargo de los que lamentan su suerte y nada ponen por mejorarla; combatid la indiferencia obrera como más funesta que la opresión burguesa, pues la arraiga y la eterniza; y tened en cuenta siempre que si la doctrina socialista triunfa en el campo de las ideas por la propia virtud de la verdad, sólo puede señorearse de la realidad social por la acción revolucionaria de la clase trabajadora.

Jaime Vera.

30 abril 1896.

ERROR

Entre las muchas frases que corren de boca en boca y se aceptan para combatir al Socialismo, acaso sea la más general la de que el Socialismo no significa más que «la lucha del que no tiene contra el que tiene, la lucha del pobre contra el rico». Con esto se supone implícitamente que el propósito no es otro que el de *cambiar los papeles* y hacer práctico aquello de

«Cuándo querrá Dios que la tortilla se vuelva...»

Sin duda alguna, todo error tiene algún fundamento que le sirve de origen, y así ocurre también en este caso.

Hasta ahora todas las revoluciones habidas en el curso de los siglos se manifiestan como la lucha de los que siendo los más ó los mejores, son tenidos por de peor condición que los explotadores, que, sin embargo, son los menos ó de peor condición que los explotados.

Ahora bien: no sabiéndose en tiempos pasados qué causas determinaban este mal, no podía ocurrírsele á las gentes su eficaz remedio, y era natural recurrir á medios completamente empíricos y, por tanto, pensasen los oprimidos que lo que había que hacer

era mudar las tornas, es decir, ser ellos los opresores.

Mas hoy, felizmente, merced al genio insignie de Carlos Marx, sabemos cuál es la causa de estos males—que el capitalista puede vivir sin trabajar y el obrero trabajando apenas puede vivir—y, por consiguiente, sabemos que el remedio no consiste en mudar las clases, sino en suprimir las clases sociales.

Y claro está que si esto sabemos, la Revolución social, aun cuando otra cosa parezca en la apariencia, no es ya la lucha de una clase por aplastar ó dominar á otra clase—la lucha del que *no tiene* contra el que *tiene*, pasar de ser robado á ladrón (que es la miga de la frase, y de aquí la repulsión que el hecho inspira)—, sino que se trata de la aspiración de todos los hombres de bien por un mejor porvenir, por los intereses de la civilización, en que, librando al rico de la ociosidad, madre de todos los vicios, y al pobre del trabajo antihumano, padre de la miseria física y mental, á todos sea asegurado el pan del espíritu y del cuerpo, la tranquilidad de gozar de los bienes que la inteligencia y la labor arranca á la Naturaleza, la mejora de las costumbres, la paz de los pueblos y la santa redención de la miseria física y moral de todos los hombres.

El día en que nuestro ideal se cumpla, los hijos de los ricos y de los pobres de hoy se amarán como hermanos, y al recordar los pasados tiempos pensarán que el mal que los hombres se inferían mutuamente no era más que error é ignorancia.

Propaguemos en todo momento y por todas partes las santas y redentoras ideas del Socialismo, haciendo que todos las comprendan, y de este modo contribuiremos á hacer efectivo el *cielo* en la tierra.

Un licenciado.

EL MAL Y SU REMEDIO

La miseria nace no de la maldad de los capitalistas sino de la viciosa organización de la sociedad fundada sobre la propiedad privada; por esto predicamos no el odio á las personas ni á los ricos, sino la urgente necesidad de una reforma social que, como base de la armonía humana, proclame la propiedad colectiva.

FRAMPOLINI.

El mal del siglo, el mal social no es personal, sino material ó económico; no depende de los actos humanos, es resultado fatal de las cosas, en el sentido amplísimo de esta palabra. Por ello se engañan igualmente los que para curarlo defienden los atentados contra las personas y los que, como medicina única, como específico, recomiendan la perfectibilidad individual, abundando en el mismo error aquellos que afirman dogmáticamente contra el Socialismo la necesidad, para su triunfo, de que los hombres se conviertan en ángeles ó en santos.

Esta afirmación—perdonen los que la hagan—es sencillamente un rasgo de tontería. Si en la vida física el hombre no puede escapar á la influencia del ambiente natural que le rodea, tampoco puede en la vida social, sustraerse de la presión del medio económico en que desenvuelve su actividad. No es el hombre el que rige á la vida económica, es ésta la que le domina, la que le encadena. La libertad de elegir el bien y el mal, de ser bueno ó malo en el orden de los intereses dentro de la organización actual, equivale á la libertad de escoger entre la salud ó la enfermedad en una atmósfera malsana ó pestilente. Algo podrá evitar la higiene del individuo, pero es evidente la probabilidad del contagio.

Ciertísimo que la moralidad más estrecha y severa debe guiar y conducir á todos los actos humanos; justo que la ley sea inexorable para el culpable; pero no menos verdadero que la delincuencia y la inmoralidad no son siempre hijas de la perversión del individuo, y menos, como sostienen algunos, de la naturaleza humana inclinada fatalmente al mal. El campesino que hurta frutos ó leña, ¿acaso no lo hace para alimentar á su familia ó proporcionar calor á su hogar? El fabricante de sustancias nocivas para la salud, el comerciante que expende géneros adulterados y el concejal ó el empleado que verifica la transfusión de fondos de las arcas públicas á la suya, ¿no cometen en muchos casos varios actos punibles por la idea de proporcionar un bienestar á sus hijos, por transmitirles á su muerte un capital?

Atribuir, por tanto, á la voluntad de los hombres el origen del malestar que padece el régimen presente, vale tanto como suponer que el antropófago lo es por determinación individual y no por virtud de un estado social de incultura, ó que el soldado mata

por perversidad de sentimiento, sin comprender que es resultado fatal del hecho bárbaro de la guerra.

Vivimos en pleno *canibalismo económico* porque siendo necesaria para la vida la *apropiación individual* de la mayor cantidad de medios con que satisfacer las necesidades, es menester buscarlos á todo trance, cuesten lo que cuesten, arrebatándoseles al semejante, ó sea devorándosele económicamente; vivimos en plena guerra social porque siendo indispensable *apropiarse individualmente* recursos materiales, capital, con el cual luchar contra los demás, hay que acapararlos de cualquier manera, buena ó mala, tanto á fin de defenderse contra el enemigo, que es el resto de la Humanidad, como para evitar que éste se apodere de ella y pueda exterminar á su adversario. En la actual organización es, pues, en la que los hombres, aun convertidos en santos, se destruirían siempre con respeto ó sin respeto á la santidad.

El mal, repetimos, es hijo de la existencia de la propiedad individual de los medios de producción, fundamento cardinal de nuestra viciosa sociedad; la medicina social no puede ni debe aconsejar otro remedio que el acomodado á la causa: la supresión de la propiedad individual y su transformación en colectiva.

R. Oyuelos (abogado).

25 abril 96.

UNA COSA ES PREDICAR...

—Pero ¿ha visto usted qué artículo? —¿Qué artículo?

—El de *La Patria*.

¡Está escrito con gran fibra!

¡Si parece una cantárida!

—A ver, hombre, á ver que dice ese artículo, ¿caramba!

—Oiga usted tan sólo un párrafo, porque, para muestra, basta:

«Los eternos enemigos de la integridad de España;

los que acaso desconocen que en Pavía y en Las Navas

nuestra nación se mantuvo siempre grande y siempre brava,

pretenden hoy humillarnos en mortífera campaña.

Mas la pretensión ridícula que alimentan esos mandrias

no prosperará un momento,

porque hay sangre y hay agallas en la nación española

para no dejar ni casta de aquellos que no respeten

la bandera roja y gualda.»

—¡Pues es valiente el artículo!

—Lo suscribe Pedro Gracia.

—¿Pedro Gracia? ¡Es muy gracioso!

—¿Usted le conoce?

—¡Vaya!

Es un *chico* muy patriota

que hace dos ó tres semanas...

¡se libró con su dinero del servicio de las armas!

A. Ortiz.

La jornada legal de ocho horas.

Es necesario que de hoy en adelante los obreros no formen sino un cerebro y un corazón, y que, por un supremo esfuerzo colectivo, por una presión de clase, levanten una barrera infranqueable que les impida venderse al capital por «contrato libre», ellos y su progenie, hasta la esclavitud y la muerte.

(MARX, t. I del *Capital*, edición francesa, pág. 130.)

Ese obstáculo social necesario, esa barrera infranqueable es la determinación legal de la jornada de trabajo.

Así lo comprendió el Congreso socialista internacional de París de 1889, cuando, penetrado de la doctrina colectivista de Carlos Marx, acordó que la clase trabajadora reivindicase el 1.º de mayo de cada año una serie de reformas económicas indispensables y de inmediata realización, y puso en primer término de esas reformas la jornada de ocho horas.

Así lo han comprendido los Partidos Obreros Socialistas de todos los países civilizados que en este día memorable cumplan, hace siete años, en el sentimiento de la solidaridad obrera y en la voluntad, única y firme, de emancipación social.

Pero en la lucha constante entre la clase trabajadora y la clase capitalista, lucha cada día más extensa y encarnizada, la limitación legal de la jornada de trabajo á ocho horas se impone como una necesidad imperiosa, como una reforma factible que el proletaria-

do puede y debe recabar de los Poderes públicos. Sobre este punto, la acción del Socialismo obrero debe ser incesante hasta alcanzar tan vital reforma.

Lo que permite á los capitalistas dictar sus condiciones al trabajador es la presencia en el mercado del trabajo de una masa de brazos sin ocupación y que están dispuestos á trabajar á cualquier precio: el hambre de los desocupados engendra así la miseria de los ocupados. Lo que es necesario al capital para poder pagar lo menos posible al obrero es la presencia de los sin-trabajo, de ese «ejército de reserva industrial», como Marx los llamaba, y para mantener á su disposición ese ejército, esa abundancia de brazos, el capital recurre á todos los medios.

El interés primordial de la clase obrera, en tanto que la sociedad capitalista no haya sido transformada, consiste, pues, en reducir todo lo posible el ejército de reserva del capital, el número de los desocupados.

Ahora bien: el medio reconocido como más eficaz y poderoso por todos los que han estudiado de buena fe este problema para disminuir el número de los desocupados, merced á los cuales los patronos pueden obligar á trabajar mucho y pagar poco, es la limitación de la jornada de trabajo á ocho horas. Con ella, los obreros que trabajan no tendrían que temer, por lo menos en las mismas proporciones que hoy, la competencia de los obreros desocupados, y no sólo, trabajando menos, recibirían el mismo salario de hoy, sino que podrían exigir y obtener un aumento. Y la razón es clara: como la reducción general de la jornada á ocho horas obligaría á cada patrono á admitir mayor número de obreros para obtener la misma cantidad de trabajo, el número de desocupados disminuiría desde luego considerablemente, al mismo tiempo que la facilidad para los capitalistas de mantener los salarios ínfimos.

Y esta conservación ó elevación de los salarios con la jornada reducida, que efectuada hoy por unos cuantos, aislada, podría reducir los beneficios de ciertos patronos sometidos á este régimen, sería, al contrario, si una ley la generalizase, ventajosa para todo el mundo; pues los salarios crecidos se traducen por un aumento de consumo y una venta más rápida de los productos, de tal suerte, que, en último resultado, á medida que los obreros ganasen más, los patronos venderían más y realizarían mayores beneficios.

No obstante la evidencia de estas ideas, citaré varios hechos en su apoyo.

Sabido es que la duración del trabajo industrial en Inglaterra está fijada por una ley en cincuenta y seis horas semanales, ó sea diez horas diarias durante cinco días, sólo seis horas el sábado y descanso absoluto el domingo. Pues bien: en Inglaterra, donde la jornada de trabajo es más corta que en ningún otro país de Europa, los salarios son los más subidos, y los resultados indiscutibles son un consumo más crecido y una producción más desarrollada.

He aquí otro hecho que demuestra la verdad constante de nuestra tesis. En ciertas industrias inglesas, donde se ha podido obtener la jornada de ocho horas, los obreros ganan más que en aquellas en que continúa siendo de 9 á 10 horas.

Y no se nos diga que los patronos buscarán una compensación en el alza del precio de los productos. Probado está que el salario no tiene ninguna acción en el precio de los productos, sino lo cual los capitalistas no opondrían tanta resistencia al alza de los salarios. Por otra parte, esa misma Inglaterra, donde el trabajador gana más que en Francia y mucho más que en España, los artículos de primera necesidad son más baratos que en estos dos países. No hace mucho tiempo que los periódicos de Madrid publicaron una estadística en demostración de esta verdad.

Ultima objeción que nos oponen los burgueses españoles cuando reclamamos esta y otras reformas. «Lo que es posible, dicen, en Francia ó Inglaterra, no lo es en España.»

¿Y por qué? ¿Por ventura la industria española es exclusivamente nacional? ¿Cuáles son los medios de producción de la industria fabril y de la industria minera de nuestro país? ¿De dónde sacan, por ejemplo, los fabricantes de Cataluña sus máquinas y sus telares perfeccionados? De Francia é Inglaterra. ¿Y las primeras materias? De los Estados Unidos, en general.

Y si los capitalistas españoles se sirven de los productos extranjeros y de los adelantos de la maquinaria á fin de ponerse en condiciones de resistir á la competencia de los demás países, ¿por qué al obrero español se le pondría, por decirlo así, fuera de la ley del mercado universal?

Al establecimiento de la jornada de ocho

horas en toda la industria debería añadirse la fijación legal de un minimum de salarios, determinado con arreglo al precio local de los viveres, alquileres, etc. Esta medida sería indudablemente justa. «Así como una máquina—dice Gabriel Deville en su último libro *Principes socialistes*, de que me ocuparé más extensamente—no funciona sino con cierta cantidad mínima de fuerza motriz, un minimum de alimentos, de vestido y de habitación es indispensable al hombre para que pueda continuar viviendo y poniendo en movimiento su fuerza de trabajo.»

No cejemos, pues, en la reclamación enérgica de una legislación internacional del trabajo y ante todo de la limitación legal de la jornada de trabajo á ocho horas. Nada nos importe ni las intrigas de los partidos burgueses, ni la ignorancia ó mala fe de nuestros adversarios, ni la actitud del Poder, que responde con amenazas á pacíficas reivindicaciones y enseña sus cañones y sus soldados á los que sólo muestran sus manos encallecidas.

Lo que reclamamos es justo, y á más de justo necesario para la vida de la clase trabajadora y realizable dentro del régimen capitalista. Por consecuencia, lo alcanzaremos. Es cuestión de tiempo y de organización de las fuerzas obreras.

El proletariado militante está hoy en el verdadero camino de su emancipación. Sabe lo que quiere y dónde va. No le guía ya ideal vago ni aspiración inconsciente, sino la noción clara de su misión histórica y una voluntad firme y decidida de realizar, cuando se halle en posesión del Poder, la transformación de la propiedad capitalista en propiedad colectiva ó social, haciendo imposible de este modo la división de clases, la explotación del hombre por el hombre.

Tal será nuestra Revolución, no la que aguardan de nosotros ciertos políticos pescadores en río revuelto, sino el coronamiento natural, el desenlace del período evolutivo por que atravesamos.

Ganemos rápidamente las etapas que nos separan del término final, de la Revolución proletaria, y así abreviaremos las fases de esta evolución penosa, pero inevitable.

I. Mesa.

PAZ Y TRABAJO

Al celebrar la fiesta del 1.º de mayo los obreros españoles conscientes de su dignidad y su posición social, impónese como primer deber el de protestar de la guerra que lleva á Cuba á morir y á matar á tantos trabajadores, cuyo progreso moral y material en nada dificultan los insurrectos y sí los que contra ellos los envían.

Las causas de esta guerra, como las de casi todas ellas, son, en el fondo, económicas. Llévase á cabo sistemáticamente carnicerías de hombres para mantener monopolios y sostener privilegios; para salvar al capital de la baja del dividendo sacrificándolo á tiempo; para perpetuar derechos adquiridos á la explotación y al fraude; para dar base al proteccionismo; para defender, en fin, la enorme suma de iniquidades que suele encubrir el nombre de patriotismo y para satisfacer á la par vanidades necias y obsesiones doctrinarias de galimatías y monsergas históricas.

Manifestaciones de un mismo proceso social son las últimas elecciones de Madrid y la campaña ultramarina, formas del mismo fondo.

Si los pobres obreros arrastrados á Cuba volvieran vencedores, serviría su victoria, de seguro, para remachar aún más las cadenas del salario que los hace siervos.

Es deber de todo hombre verdaderamente honrado combatir sin tregua ni descanso el salvaje honor y la irracional gloria que, rémoras de todo progreso y negaciones de todo humanitarismo y de toda comprensión racional de la vida humana, obstruyen el libre desarrollo de los intereses esenciales, hondos, eternos, de los mismos que, ya por ignorancia, ya por error, se dedican al culto del honor y de la gloria, sentimientos tan necesitados de profunda evolución.

Lo más grande acaso del movimiento socialista ha sido hacer brotar la hermandad internacional de los sin tierra frente á la cofradía de los dueños de tierras, los patriotas por excelencia. Porque, sépanlo ó no, están unidos por lo mismo que parece separarlos los propietarios todos de los suelos patrios y los tenedores todos de las deudas nacionales, y cuando los de dos naciones lanzan sus ejércitos uno contra otro es que defienden mutuamente, con conciencia ó sin ella, sus respectivos intereses frente á los derechos eternos de los pobres combatientes forzosos

de última fila, que son siempre los vencidos en uno y otro bando. Cuando Napoleón III se rindió á Guillermo de Prusia en Sedán le llamó «mi señor hermano», *monsieur mon frère*, reconociéndole como su «buen hermano».

Frente á las alianzas internacionales de la guerra los obreros formarán la hermandad humana de la paz; de la Fraternidad brotarán la Libertad y la Igualdad vivas, derivaciones y no componentes de aquélla, la Libertad y la Igualdad de los hermanos igualmente libres y libremente iguales, y la fiesta del 1.º de mayo puede llegar á ser la fiesta santa de la Paz y el Trabajo, unidos entre sí como lo están la Guerra y el Agio.

M. de Unamuno.

Salamanca, abril 1896.

DEPURACIÓN

Cuando el memorable Congreso de París acordó que anualmente el día 1.º de mayo los trabajadores de Europa y América celebraran manifestaciones para reclamar de los Poderes públicos la legislación del trabajo en él aprobada, los eternos perturbadores de todo movimiento que tienda á unificar las fuerzas obreras, los anarquistas, bastardearon aquel acuerdo é hicieron una campaña digna de mejor causa para que el proletariado se lanzara por derroteros contrarios á sus intereses.

Lograron en los primeros años desnaturalizar algo aquel movimiento, prevaleciendo de que la clase trabajadora no conocía aún con toda exactitud el alcance de la resolución tomada en París, y no faltaron obreros que los siguieran por senda tan tortuosa, á cuyo fin esperaba la derrota y la desorganización más lamentables.

Pero como las grandes pérdidas producen provechosas enseñanzas, aquellos trabajadores, contagiados por la suicida labor de los elementos anarquistas, han reconocido su yerro, y, libres ya de maquiavélicas sugestiones, proclaman la acción política de la lucha de clases como medio eficaz para emanciparse.

Las demostraciones que de su fuerza hace ahora el proletariado producen, por su cohesión y su entusiasmo, más temor á la clase dominante, que cuatro algaradas, que sencillamente desbarataría con los elementos de opresión que tiene á su servicio.

Felicitémonos, pues, de la excelente depuración que ha realizado el Partido Socialista, y trabajemos constantemente por dar la mayor importancia y unidad á la Demostración del 1.º de mayo.

P. Lucio.

Burgos y abril de 1896.

NUESTRO IDEAL Y NUESTRA FE

La falta de ideal, se dice, es la enfermedad que corrompe y mina los cimientos del edificio social de fin de siglo. Perdióse la fe en el ideal religioso, y de nada servirán para hacerle revivir las tentativas de inteligencias enfermizas y atávicas que miran hacia atrás buscando perdidos horizontes... Perdióse la fe en el ideal político, aunque otra cosa pretendan los que, después de una buena digestión, cantan aún las excelencias de una libertad que sólo existe para los detentadores de la riqueza...

Falta, es cierto, ideal y falta fe á la sociedad burguesa de nuestros días, como faltaron siempre á toda civilización decaída y llegada á su ocaso. Mas no se crea por esto que el ideal y la fe han huido del mundo. Por ley eterna de renovación, á los ideales abandonados y enmohecidos de nuestros abuelos, oponemos nosotros un nuevo ideal grande y humano, aunque modesto en la apariencia: el ideal económico, el ideal socialista que si ayer era el sueño generoso de un filántropo, hoy, asentado en la ciencia, es el término fatal de la evolución de este régimen tirano que nos esclaviza. Y por la misma ley, á la apagada fe en aquellos ideales, oponemos nosotros la fe ardiente y viva en nuestra causa redentora, fe que hoy, 1.º de mayo, nos acerca y nos une á nuestros compañeros de todo el mundo por encima de mares y fronteras.

J. Morán.

Medina de las Torres.

Hace muchos siglos que se viene repitiendo el vulgar, pero lógico pensamiento, de que cuanto más amigos, mejores cuentas. Pues esta es la síntesis de la cuestión social y la única manera de tener paz en el mundo. Buenas cuentas para vivir en perfecta armonía

toda la familia humana. Mas esta concordia jamás podrá realizarse mientras unos hombres se lleven el sudor de otros. Por esto mismo se hace preciso variar la forma de la propiedad, que da los medios de vida, por ser la engendradora principal de las malas cuentas sociales.

Al ajuste de éstas obedece el principal móvil de reunirse una vez al año todos los desheredados conscientes del mundo.

Hasta ahora la burguesía se ha hecho sorda, no sólo á rendir las cuentas en general, sino á atender las justas reclamaciones de los obreros en lo tocante á las ocho horas de trabajo, para extender la ocupación al mayor número de trabajadores. Pero estas y otras reformas de más trascendencia para el proletariado dependen únicamente del número de individuos que en cada nación pasen revista el Primero de mayo.

¡A unirse, pues, trabajadores intelectuales y manuales, para acelerar el triunfo de tan justo ideal!

C. Muñoz.

Ciudad Rodrigo.

LOS ORIGENES

DE LA

MANIFESTACIÓN DEL 1.º DE MAYO

Distintas veces he sido invitado á prestar mi concurso á las reuniones organizadas con motivo de la Manifestación del 1.º de mayo.

Todavía este año los compañeros de Limoges me han pedido que asista á la inauguración de una Bolsa del Trabajo, que se verificará en dicha fecha, fundando su petición en esta frase, que expresa el mismo pensamiento que ha inspirado las precedentes peticiones: «Puedo aseguráros de antemano que el que tuvo primero la idea de la Fiesta Universal del Trabajo será acogido favorablemente por nuestra valiente población obrera.»

Hay aquí una equivocación que debo desahacer. Me gusta sobremanera la precisión de los detalles históricos, sobre todo cuando se trata de grandes acontecimientos que interesan al movimiento socialista internacional, para que deje subsistir por más tiempo un error que ya he rectificado siempre que se me ha presentado ocasión.

No es á mí á quien primeramente se debe la idea de la Manifestación internacional del 1.º de mayo.

Es Dormoy, el valiente alcalde socialista en la actualidad de Montluçon, quien, en septiembre de 1888 en Burdeos, en el tercer Congreso de la Federación Nacional de los Sindicatos y Grupos corporativos obreros de Francia, propuso, como medio eficaz para hacer que la atención pública se fijase en las reivindicaciones más trascendentales de los Congresos, una gran manifestación obrera uniforme y simultánea en todas las poblaciones de Francia.

La proposición se adoptó, y yo fui encargado, en mi calidad de secretario general de la Federación Nacional, de promover la organización de esta manifestación para la fecha fijada, que fueron los días 10 y 24 de febrero de 1889.

En unión de mis compañeros del Consejo Federal, me consagré con todas mis fuerzas á realizar dicha obra, haciendo cuanto pude para asegurar su éxito. Como se sabe, el resultado fué extraordinario, yendo más allá de lo que nos habíamos imaginado. Ese día fué uno de los mejores de mi vida de militante.

La resonancia que tuvo en los otros países el éxito de este nuevo procedimiento de acción obrera, hizo nacer en todas partes la idea de manifestaciones análogas; y algunos meses más tarde, en el Haya, donde se verificaba, por delegados de distintos países, la Conferencia preparatoria del inolvidable Congreso internacional de París (14 de julio de 1889), se habló mucho de la manifestación francesa y se proyectó darle extensión universal. Pablo Lafargue me lo participó en una carta, que yo transmití al Consejo Federal. A esto siguió una serie de gestiones encaminadas á formar un sólido proyecto de Manifestación internacional á fecha fija, que fui encargado de presentar al Congreso de París, en nombre de la Federación Nacional de los Sindicatos y Grupos corporativos obreros de Francia.

Yo cumplí mi misión. El Congreso adoptó el proyecto y fijó el 1.º de mayo como fecha y la jornada de ocho horas como objeto preciso de la Manifestación. Lo demás es conocido.

Esto es lo exactamente cierto acerca de los orígenes de la Manifestación obrera internacional del 1.º de mayo.

Si algún mérito me corresponde en todo

esto por haber intervenido en ello, suficientemente recompensado he sido con la popularidad que me ha proporcionado y, sobre todo, con las preciosas relaciones amigables que he adquirido en todas partes.

Pero he pensado siempre en lo que había de injusto en esta recompensa dada al que no fué sino el ejecutor de la idea, mientras se guardaba un silencio general con el que la había concebido. Por esta razón, me he prometido insistir este año más obstinadamente que nunca, á fin de que tal injusticia sea reparada y que la verdad histórica quede definitivamente restablecida.

Indudablemente fué una grande y magnífica idea la de este levantamiento en masa simultáneo de las fuerzas obreras. Y si no temiera pasar por adulator de uno de mis amigos más queridos, diría que Dormoy tuvo, al concebirla, una inspiración verdaderamente genial.

Sin embargo, hay que reconocer que esas palabras no encierran una exageración cuando se ven las consecuencias incalculables, tan importantes ya y tan llenas de esperanzas para el porvenir, cuando se comprueba el inmenso empuje socialista y el prodigioso desarrollo de la solidaridad proletaria internacional, la unificación y la metodización del movimiento obrero universal, que resultan de haber puesto en práctica aquella idea, tan sencilla en apariencia, salida del cerebro de un modesto trabajador y emitida en el rincón de la pequeña sala de una posada (1) ante una cincuentena de otros trabajadores, delegados de diversas localidades y reunidos allí por comunes aspiraciones de emancipación.

La idea de Dormoy, por su extensión y sus aplicaciones, está en camino de transformar el mundo.

Yo pregunto:—¿No se ha elevado estatuas á muchas gentes que han prestado mil veces menos servicios á la Humanidad?

No se vaya á creer por esto que yo propongo que se eleve una estatua á Dormoy. No; pero lo que yo pido á todos nuestros compañeros de la Prensa socialista internacional es que restablezcan la verdad tal como acabo de precisarla y manifiesten á nuestro valiente amigo el reconocimiento universal que le debe el mundo del trabajo diciendo en todas partes conmigo: ¡Honor á Dormoy!

R. Lavigne.

Burdeos, 20 de abril de 1896.

Á LOS NIÑOS «NO REDIMIDOS»

PARA EL 1.º DE MAYO

Un saludo para vosotros en este día de fiesta y de esperanza, en el cual aun no pensáis.

Nuestro pensamiento, jamás tan piadosamente como en este día, os busca y os abraza vagando por todos los países «civilizados» en que la codicia y el hambre, puestas de acuerdo, someten la niñez á una fatiga que contrasta su alma y aniquila sus fuerzas.

En medio de una tétrica atmósfera, velada por el humo de los talleres, por las nubes de azufre, por el polvo del carbón, por las emanaciones de los arrozales, pasa la procepción infinita de los niños trabajadores, desde aquellos que, sepultados en las minas del Norte se arrastran desnudos y á gatas por el fango y entre las tinieblas, con el saco colgado al cuello, hasta aquellos que sudan en las minas de Sicilia, de hinchados vientres y desconcertados huesos, alimentados con un pan horrible untado en el aceite nauseabundo de sus lámparas. Pasa el misero ejército de los oprimidos niños, de rostros flacos y exangües, con las manos y pies llagados, unos cayéndose de sueño, otros llorando en silencio; filas de mozos envejecidos y anémicos, encorvados como viejos, que turban el aire con toses secas y respiración dolorosa; pasan los envenenados por el fósforo, los cegados por los hornos, los mutilados por las máquinas, los abrasados vivos por el grisú, los soterrados por un terraplén, y mil ojos, al pasar, se fijan en nosotros, ojos apagados, duros, desdeñosos, suplicantes, que nos dicen:

—Nosotros tenemos una infancia sin cuidados, tenemos una niñez sin alegría, tenemos una juventud sin salud y una vejez sin consuelos, y á muchos de nosotros nos esperan el hospital ó la cárcel ó antes de tiempo, la tierra en que otros hijitos de trabajadores nos esperan, sinnúmero de muertos al na-

(1) Fué en el pequeño pueblo de Bouscat, en los alrededores de Burdeos, donde se celebró el Congreso obrero de 1888, por haber sido expulsados violentamente de dicha capital los delegados que le formaban, á consecuencia de haber desplegado la bandera roja en la sesión de apertura.

cer, ó muertos en la cuna por los maróuticos, ó acabados por los malos tratamientos ó por la inanición. Este es nuestro destino, ¿y por qué?

Y otras cosas nos dicen aquellos ojos. Nos dicen que la ley protectora de los niños, con mil engaños violada; la complicidad de los padres famélicos, la ceguera de los inspectores, la indiferencia de la autoridad y la hipocresía de una sociedad civilizada que cree pagar toda su deuda alargando la mano al uno por ciento de los miserables que ella misma afige, y la aberración de una caridad que va á buscar miserias y dolores á millares de millas de distancia de aquellos que le gimen inútilmente en derredor, y la injusticia de un mundo que reprocha la inercia de aquellos en que, por las precoces fatigas, fué apagado el amor al trabajo; de un mundo para quien la única causa de la miseria son los vicios, vicios que él mismo siembra y de los cuales es el primero en dar ejemplo; de un mundo que castiga sin piedad delitos á que es inducida tanta gente por ignorancia y corrupción ajenas á su culpa.

Y pasan también y pasan sin fin los pequeños esclavos, unos resignados, otros temblorosos, enfermizos, atontados, temerosos, trastornados, dirigiéndose á los campos y á las grutas, á los establos ó á las casuchas infectas de las grandes ciudades, en que la promiscuidad salvaje de los sexos acaba por corromper el alma y el cuerpo. Y mientras nos oprime el corazón aquel coro de gemidos, de quejas é imprecaciones, más amargamente nos affige una gruesa y tranquila voz que resuena por encima de aquel coro y que nos dice:

—No hay remedio.

—¡Ah! ¡No lo creáis, niños! ¡Por cuanto hay más sagrado en el mundo, no es verdad! Si fuese cierto, nosotros deberíamos escupir sobre la palabra *civilización* siempre que la encontráramos escrita en un libro. Impía es la palabra que dice al misero: «Desespera.» Vana es la que dice: «Esperad todo del cielo; no pretendáis nada de los hombres.» Una inmensa fuerza se alza del mundo en pro de vosotros y de vuestros padres, y hoy es el día en que palpita en millones de corazones y habla por millones de labios por todas partes donde llora un niño abatido, donde se extiende en vano para buscar trabajo un brazo viril, donde suspira un viejo sin pan después de haber trabajado hasta donde le alcanzaron sus fuerzas. Y no solamente entre vuestros compañeros de fatigas y de pena se levanta esa fuerza, sino en las bellas casas que envidiáis, en medio de las comodidades y los placeres que vosotros no gozáis jamás, se alza una generación nueva que vosotros creáis que ignora y que desprecia vuestros dolores, una multitud de niños y de jóvenes de manos blancas y de rostro encantador, en cuya mente entra cada día una idea que ofusca su serenidad, que atormenta su conciencia, que agita, que dilata y eleva su corazón y le impulsa hacia vosotros, y los prepara á los generosos sacrificios, y les da armas, y les enseña á combatir con amoroso aliento por vuestra causa y la de vuestros hijos.

—No; nuestros hijos no tendrán ya, al pensar en la niñez de los trabajadores, la malvada visión que nos llena de tristeza y de vergüenza. La niñez será excluida de la labor, porque todos los hombres trabajarán y la producción tendrá por objeto la satisfacción de las necesidades comunes, no el lucro de unos pocos, y la máquina será sierva y no tirana del hombre. Vuestros niños irán á la escuela también, porque todos tendrán derecho á cultivar su espíritu hasta el límite requerido para el reconocimiento de las aptitudes y de la dignidad del hombre civilizado; crecerán alegres y afables, porque no se criarán ya en la tétrica miseria y en la fatiga bestial que confunde la conciencia y pervierte el corazón; amarán el trabajo y la vida, porque el trabajo será medido y recompensado humanamente, y la vida no será ya una guerra fratricida en la que unos nacen armados y otros inermes; en que, por un fuerte ó astuto que triunfa, mil débiles muerden la tierra; sino una lucha ordenada y noble de todos para cada uno y de cada uno para todos, de la cual surgirá la necesidad y la justicia con la misma luminosa evidencia con que se nos muestran aquellas verdades elementales que son los fundamentos mismos de la razón y de la conciencia humanas.

—Sí; tal es el porvenir, porvenir tan cierto como que la tierra nos alimenta y el sol nos alumbraba. Y vosotros, niños, fijad en vuestra memoria la fecha del 1.º de mayo, que nada, acaso, os dice aún, pero que un día os dirá: «Concordia, esperanza, victoria, pacificación.» Cristo aparecerá, después de veinte siglos, para decir otra vez: «Dejad que los

niños se acerquen á mí...»; es decir, dejad que sean niños, que crezcan con la sonrisa en el rostro y con la frente dirigida al cielo, porque Dios no quiere que se haga la riqueza con la sangre de las venas y con la médula de los huesos de esos tiernos desheredados, ni á precio de la inocencia y de la bondad de sus almas.

Y Cristo volverá, niños. Hoy que se festeja su futura vuelta, invocadlo y confiad en El; sentiréis también que El se acerca.

E. de Amicis.

La ley de excepción se ha hecho trizas. Crispi ha caído. Los mártires de Sicilia y de la Lunigiana están en libertad, y dos de ellos—De Felice y Bosco Garibaldi—han salido del presidio para entrar en la Cámara de Diputados. El tercero—Barbato—que podía haber entrado también, no lo ha hecho por juzgar que hará más fuera del Parlamento que en éste. El número de socialistas aumenta en Italia, como aumenta también el número de sus círculos y periódicos. Los triunfos obtenidos en las elecciones generales del pasado junio y en las elecciones parciales sucesivas han abierto las puertas del Parlamento á 13 socialistas, comprendiendo entre ellos á Barbato. El nuevo Ministerio invoca la paz social, que es lo único que pueden ofrecer los liberales que no reniegan de sus ideas y no son perversos.

Lo que os escribí el año anterior y hace dos años para el número del 1.º de mayo se ha cumplido. El movimiento siciliano ha creado escuela en Italia. Las persecuciones han reforzado el Socialismo, y, por consiguiente, nuestro Partido se ha hecho más fuerte y numeroso.

Los socialistas no tenemos necesidad ni deseo de provocar persecuciones. Nuestra vía es clara y segura: propagar, revolucionar los cerebros, organizar los proletarios, empujarlos á la conquista del Estado; que todo esto es trabajar por la revolución. Nuestra vía es segura, pero larga. No queremos dificultar su recorrido con persecuciones, como hacen los fanáticos y los sectarios, pero si éstas surgen aumentan naturalmente nuestra fuerza y hacen la propaganda por nosotros.

Os deseo un éxito en las próximas elecciones.

¡Viva la España socialista! ¡Viva la Internacional!

A. Labriola.

Roma, 12 abril 1896.

LA JORNADA DE OCHO HORAS

Al comenzar el año las gentes del capital hacen sus inventarios, combinan sus balances y se dan el placer de ver en un cuadro lleno de guarismos lo que les ha producido durante doce meses el trabajo que otros han realizado. Vamos nosotros á imitar á esas gentes, dándonos el gusto de ver en conjunto las mejoras y progresos que ha conquistado la clase obrera en el terreno económico, especialmente en lo que respecta á la disminución de la jornada de trabajo.

Australia ha sido el país que primero ha aplicado la jornada de ocho horas. En 1856 fué introducida en la industria de la construcción. Tres años más tarde se planteó en los arsenales y astilleros. En 1879, 17 ramas de la industria adoptaron los tres ochos. En 1883 regía tal jornada para 20 oficios; en 1884, para 29; en 1885, para 35; en 1886, para 44; en 1888, para 48; en 1890, para 50; y en 1891, para 60. Desde esta fecha acá el movimiento ha ido en aumento, comprendiendo nuevas ramas de la industria así de obreros con oficio clasificado como de obreros sin clasificación, ó sea los que llamamos jornaleros. Sólo los pintores, los sastres, los obreros de la industria textil, los cordeleros y los agricultores—y éstos no en su totalidad—trabajan más de ocho horas. La reforma no ha producido en ningún caso ni rebaja de salario ni disminución de la producción.

América ha seguido á Australia. En el Estado de Massachusetts la jornada de ocho horas está en vigor en 32 ramas de la industria, mereciendo mencionarse los siguientes establecimientos: 7 fábricas de armas, 17 arsenales, 35 imprentas, 36 fábricas de cigarrillos, 27 establecimientos metalúrgicos y 30 fábricas de calzado.

En Inglaterra la mayor parte de los obreros de las minas trabajan menos de las ocho horas por día. En las minas de carbón de Darham la jornada es de 5'87 horas; en las de Northumberland, de 6'07; en las de West-

lancashire, de 7'86; en la del Northlancashire, de 7'92.

En la fabricación de máquinas dieron ejemplo en 1892 las casas de Jahnson y Compañía, de Stradford, y William, Allam y Compañía, de Sunderland. Siguiéron á estas casas las de Salford é Iron-Works en el año de 1893, que emplean 1.200 trabajadores. En estas casas la jornada era antes de 53 horas semanales y fué sustituida por 48, repartidas de forma que los cinco primeros días de la semana se trabajaban ocho horas tres cuartos, y el sexto día cuatro horas y un cuarto. Después han seguido igual camino varias casas de Sheffield y la de Hadfields, Steel y Foundry, pero esta última sólo ha reducido la jornada de 54 á 51 horas.

Los trabajadores de una importante fábrica de productos químicos, la casa Bruner, Mond y Compañía, también gozan de la jornada de ocho horas. La Compañía de tranvías de Huddersfield ha establecido igual jornada.

En 1893 se introdujo la jornada de ocho horas en un arsenal de Plymouth que ocupa 230 y en otro que ocupa más de 300.

En 1894 el Estado concedió á los obreros—más de 40.000—empleados en los arsenales del Estado la jornada de ocho horas.

En Alemania la jornada de ocho horas ha sido aplicada en una gran fábrica de persianas de Freese, en la casa Hentz y Blankertz, en una cooperativa de Breslau, en una fábrica de hielo de Treveris y en algunas otras fábricas.

En Austria el sistema da excelentes resultados en la gran fábrica de Faber y en un importante establecimiento siderúrgico de Rothau.

En todos los países y en todas las fábricas que hemos citado, el sistema ha dado excelentes resultados, y en modo alguno ha causado disminución en los productos.

En todos ellos el salario de los obreros ha crecido.

Lux.

EL SOCIALISMO Y SU PROGRAMA

El Socialismo no es sólo un Partido, es también una ciencia. Nos perfeccionamos y nos desarrollamos. Nuevas ideas reclaman nuevas formas, y lo que hoy parece exagerado parecerá tal vez mañana insuficiente.

Un programa no es un documento irrefutable en todos sus detalles, es una suma de exigencias para un tiempo limitado y para una situación especial. Las reivindicaciones, en lo que se refiere á puntos especiales, varían con las circunstancias.

G. Liebknecht.

LAS DOS REVISTAS

Es en el otoño, cuando amarillean las hojas, cuando se seca la verdura de los campos, cuando la Naturaleza se despoja de las lozanas flores y camina con paso rápido hacia el invierno, cuando la burguesía ostenta sus ejércitos y promueve la ruidosa manifestación de sus fuerzas.

Las relucientes armas, los sombríos cañones, las cadenciosas marchas de los soldados á la sombra de las banderas que dividen los pueblos, encuentran á su paso el manto de tristeza que va envolviendo la Naturaleza. Tierra dura y resquebrajada, fugitivos resplandores del sol, el velo de las nieblas flotando á lo largo y las lágrimas del cielo prestas á caer de las parduzcas nubes, que el viento azota, convulso de ira, anunciando tempestades.

Escenario y actores respiran aniquilamiento y muerte. Desolación en las campañas, ferocidad en los corazones. Los paisajes rientes se borran y se siente el eco de la guerra: las espadas se adiestran para sembrar la ruina, para poblar de cadáveres los campos de batalla, en los que, hombres, amigos y hermanos, se van á bañar con sangre en una lucha fratricida, en una saturnal de canibales.

No proceden así las huestes proletarias. En plena primavera, cuando por todas partes se manifiesta la ubérrima fecundidad de la madre común, es cuando los obreros movilizan su grande ejército, entonando alegres cánticos, entre flores, músicas, abrazos y protestas de la más pura y santa fraternidad. No se escucha en esta revista el ronco tronar de la artillería, ni de los fusiles de tiro rápido salen de continuo lúgubres relámpagos de fuego, ni hay espadas, ni bayonetas, y la bandera, la flámula que guía á los obreros es la misma, siempre la misma, igual en todos los países, una para todos los

pueblos. Es la bandera roja, esa bandera teñida con la sangre de las generaciones pasadas, la que hoy une en apretados lazos el corazón de los desheredados, de los réprobos, de las víctimas del egoísmo de la sociedad capitalista, que á todos tiraniza y explota.

La tierra es un jardín y el paisaje es un encanto. El brillo del sol no tiene igual, y cuando, por acaso, la voz de la tempestad se hace oír, pasa rápida, vencida por el amor, por la vida, por la pujanza de la Naturaleza en fiesta, en toda la plenitud de la existencia, en toda la grandeza de sus más bellas manifestaciones.

El fin y el medio se completan en una seductora armonía. Nadie piensa en la muerte; todos sueñan con la felicidad, con la ventura de esa edad distante, que el progreso y el trabajo acercan á los brazos de la santa unión de los pueblos. Sólo hay un cuerpo que no palpita por la Justicia suprema, y ese es el semicadáver pustulento y asqueroso del dios-millón, del héroe de las desventuras, que el Derecho humano pretende sacrificar ante el altar de la Igualdad para todos, ricos y pobres, grandes y pequeños, porque todos los hombres son hermanos, porque el género humano es una sola familia, con iguales derechos y deberes.

¿Qué diferencia entre los procedimientos y los hombres de la burguesía y del proletariado? La clase preponderante, armada hasta los dientes, piensa en la guerra, prueba el temple de sus espadas, prepara todos los elementos de muerte y de ruina; la clase obrera, engalanada con guirnalda de flores, soñando con la paz, se abraza y establece el gigantesco acuerdo del que ha de brotar la vida y la felicidad del porvenir.

Con aspecto torvo, en siniestras curvas, en maniobras guerreras, los ejércitos burgueses surcan el suelo árido de los campos; mientras que, con fisonomía alegre, en espirales bulliciosas, en danzas y alegrías, las fuerzas proletarias caminan sobre alfombras de hierba por los verdes prados bordados de lindas flores.

¿Qué diferencia!

En un lado la apariencia de la Fuerza, sañuda y despótica; en otro, la Fuerza de hecho, lozana, fraternal, llena de afectos y de amor.

Tal es el paralelo que á todos nos ofrecen el 1.º de mayo y las maniobras militares de otoño. La burguesía quiere sangre; los obreros quieren felicidad. El Capital piensa en matar á cuantos se alzan contra su predominio; el Trabajo desea la vida para todos sus hijos y para sus propios explotadores. Ellos se preparan para la guerra; nosotros practicamos la paz. En las revistas de los dos ejércitos existen; pues, dos pensamientos opuestos—la Muerte y la Vida—; y, en el eterno simbolismo de los pueblos, una se efectúa cuando se aproxima el invierno; la otra cuando el verano se comienza á hacer sentir. Las Tinieblas y la Luz, los dos héroes del misticismo románico, colocados una vez más frente á frente para la gran lucha, que será la última.

¿Quién puede dudar del resultado? Las lecciones de los tiempos y de las propias mitologías hablan muy alto: la Noche será vencida por el Día en batalla decisiva, porque el sol del espíritu va completando el fulgor del sol del firmamento.

Cuando se hayan disipado del todo las sombras de la ignorancia, nunca más las sociedades humanas desaparecerán en la penumbra. Siempre en el cielo brillará una aurora cada vez más clara, más pura, más fulgurante.

¡En pie, proletarios! ¡Uníos y fraternizad, que el 1.º de mayo simboliza el triunfo de vuestra justa causa!

(A Federação, de Lisboa.)

EL SOCIALISTA

SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE: España, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; otros países, 1,75. VENTA: Paquete de 30 números, una peseta. Los pagos se efectuarán en libranzas del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. No se servirá ninguna suscripción cuyo pago no se hubiere efectuado.

Las suscripciones se reciben: en Madrid en la Administración, y en provincias en el domicilio de las Agrupaciones Socialistas y de los corresponsales, ó dirigiéndose directamente al administrador.

La correspondencia de Redacción á nombre de Pablo Iglesias; la de Administración al de Juan José Morato.

Imp. de F. Cao y D. de Val, á cargo de J. Antonio Herrero, Platería de Martínez, 1.